

Dos estampas de Pomaire

HUGO MONTES

Viajo con frecuencia a Pomaire, mi Pomaire. Antes de llegar a Melipilla, yendo desde la capital, pasadito el peaje, sale un camino hacia la derecha. Es una alameda con árboles poco más que adolescentes, verdes en primavera y verano, amarillos en otoño, tristes nervaduras cuando llueve y hace frío. Al fin, el Calvario donde el camino se bifurca. Hay que tomar la calle de la izquierda, bordeando el cerro, y luego, ya en la esquina del almacén, otra vuelta a la izquierda. Al fondo, frente al campo abierto, está mi casa. Es de madera y adobes, materiales nobles, acogedores. Casa de corredor, de pradera generosa, de dos higueras y algunos nogales, de parrón grande.

Se ven muchas cosas desde esa casa. Estas dos estampas, por ejemplo, “Un hombre” y “Día del Señor”.

I

UN HOMBRE

Entre tantos —callados, más bien bajos, manos callosas, ojos penetrantes, en general pequeños aunque fuertes, morenos, barba rala y cabellera abundante— hay uno inolvidable.

Vive al fondo de mi calle. Casa gris, parrón, dos altas palmeras, muchos perros. Mesas con pañitos siempre limpios, como para la misa. Un chiquero para seis o siete cerdos, gallinas, hortalizas, frutales de toda clase. También un pequeño tractor y una camioneta vieja que anda de milagro, con alambritos.

Buen pasar. Parece feliz junto a su mujer y su cuñada. A menudo las confundo; delgadas las dos, igualmente cordiales, quizá más parca de palabras la esposa. Jerarquía clara: si van juntas, la cuñada marcha algo atrás; desaparece sigilosa en las conversaciones, sirve la mistela y galletitas. La fruta, en cambio, viene de las cuatro manos. ¡Qué gloria si es uva blanca y sin pepas!

—No se moleste, todavía nos queda de la que mandaron anteayer, es mucho, qué barbaridad...

La pequeña hipocresía de la vida urbana no pone felizmente en peligro el regalo, que suele llegar con mandadero infantil en cestas cubiertas con paño de blancura inmaculada.

Imposible saber cuándo nos conocimos. Nadie le presentó a uno a su padre ni a su madre ni a sus hermanos; ni el patio de la casa ni la vereda de enfrente o los postes del alumbrado.

Estaba allí desde antes de venir yo al mundo —a mi Pomaire— y me esperaba. Arrancó los troncos demasiado añosos y la zarzamora, trajo al carpintero de la reja, encuadró el sitio con las varillas de los álamos, puso los guindos de flor a la orilla del camino. Justo doce guindos.

Desaparecía después del largo quehacer como si no hubiera hecho nada.

—¿Cuánto le debo?

Se encogía de hombros sin responder, que era como decir “¡las cosas de la gente de la ciudad!”

Dejaba la camioneta inmediatamente antes del peaje y seguía a pie. El vivero lo vio muchos años, de sol a sol. Poda aquí, desinfecta allá, desbroza y desmaleza en todas partes. Más acá, la obra de los ladrillos. La pirámide humeaba como cocina de campo durante varios días. Y el pan rojo se iba luego por el pueblo alimentando murallas y apuntalando cercados.

Lo principal, sin embargo, era la conversación:

—¿Novedades?

—Ninguna.

—¿Por la casa?

—Todos bien.

—¿Y cuándo plantamos los paltos?

—No hay apuro, esperemos que llueva.

—Aquí está el valor de las plantas.

—Si me las regalaron.

—Es que...

—Ya le digo, fue regalo.

Todo era regalo. Nada valía plata. Menos, el tiempo. Lo ocupaba también en fumar. Sabe Dios por qué prodigio siempre tenía colillas en los

labios —sólo colillas— que le duraban indefinidamente. No se las quitaba para hablar. Ni una palabra sobre él mismo. Sus palabras iban a las plantas, sobre todo a los árboles. Moriría en uno, en el más alto y más hermoso, plantado medio siglo atrás con sus manos callosas, entonces sin arrugas. Su árbol preferido, no su cruz. Como si hubiera elegido el árbol para morir. El madero lo cargó a él durante años.

Una sacudida, el viento del otoño, el cuerpo en la tierra. El ciclo completo, de tierra a tierra, pasando por el tronco, las hojas, los frutos.

Vida compacta y total, ahora bajo tierra. Ya asomará en un limonero, en el durazno jugoso, en la manzana limpia con piel de niño.

*El aire ahora frío del otoño
reviste forma humana y tiene nombre
de jinete, cabalga entre las hojas,
se adentra el filigrama por las casas
y en la memoria queda detenido.
Es don José, entonces aire tibio
a manos llenas repartiendo flores,
uvas a punto, peras, dulces cañas
que no se doblegaban ni abatían
—vino más conversado no ha existido.*

*El tractor lo quería —todo grasa—
y lo quería el perro ladrador.
Montaba, empero, sobre todo en verde
y deslustrada camioneta; paso
a paso, vuelta a vuelta, se volvía
a la querencia tras su pasto blanco.*

*Su vida fue servicio de plantar
palmeras y duraznos, largos álamos,
delicados ladrillos que brotaban
en casas, cobertizos, pajareras.
Su nombre es don José. Florece en vara
de virtud, de recuerdo inagotable,*

*A la tierra llegó desde la altura
del palto preferido, sin pensar
sino en su almendro, en la arboleda clara.*

*Como el rocío trae la mañana
y en silencio se va, llegado el sol,
así nos trajo —quedo— la alegría
y viéndonos contentos se alejó.
Es el jinete rojo del otoño
que corre entre las hojas y prepara
la desarboladura silenciosa,
los campos de la lluvia y de la sombra.
Será el invierno grave, recogido,
más triste, si dormido el servidor.*

No hay asomos de vieja primavera.

II

DIA DEL SEÑOR

Con lentitud de gaviotas, más lentas y más oscuras, las casas se detienen y forman poblado. Vuelan pocas veces, acostumbradas ya a la hilera, a su ordenación remotamente uniformada. Una, dos, tres, catorce, quince. Hasta dieciocho o veinticinco llegan, a cuarenta nunca. Forman calles —ni callejón ni avenida— con pretensión de líneas rectas. Esta y la siguiente, paralelas que convergen no obstante en su comienzo, en el Calvario blanco. De cuando en cuando, alguna atravesada inventa una manzana desmentida de inmediato por los sitios que de esquina a esquina prolongan el campo. Al fondo, en el final de cerro y bosque, los extremos de las rectas se unen por la sola perpendicular bien definida, trazada casi a cordel. Allí la iglesia con torre y con campana, que convoca a las gentes en prudente algarabía los domingos.

Sale entonces cada hogar en vuelo seminegro, aderezado con tersura y seriedad. Las mujeres sobre todo —viejas, niñas, señoras de edad indefinible— son bandada oscura que se posa con anticipación en las bancas centrales y de adelante. En las últimas, los hombres mayores, sólo ahora con la cabeza descubierta; y de pie, revoloteando aún en el patio de llegada, los mozos y los chiquillos.

Es misa de granos y de uvas. "Salió un hombre al campo a sembrar... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos".

No hay hostia tan trigal como la de esta consagración. El cáliz es de greda oscura, modelada con fervor. No la querían así los feligreses, que

estimaban más el metal. La tierra cotidiana les parecía poco vaso para la sangre del Señor. En fin, un concurso propuesto por el párroco y una copa de suavidad extrema, como piel de niño moreno.

Mañana almidonada, tersa y clara después de las campanas. El canto sube igual que humo ingenuo, quien sabe hasta dónde. Entre nubes se oculta —no se pierde— y el viento ha de llevarlo muy lejos, más allá de las últimas lomas, hacia el mar. Canto frutal, sabroso, decidor. Lejos lo abstruso. Distante la abstracción. Cosas seguras, inmediatas, “camino”, por ejemplo, “pescador, redes, vagabundo que pasa”.

Un Dios también a la mano, que sana enfermos, custodia a los niños, devuelve al hijo que se marchó del hogar. Dios que encuentra lo perdido, endereza al quebrado, hace germinar la semilla, trae la lluvia y trae el sol, consuela, acompaña.

Todos se salvan en este Dios, que es cruz de madera, paloma en vuelo, barbas de tiempo eterno. Dios que viene en todo caso en la muerte, cuando la madurez de la vida alcanza el colmo y se cumple el tiempo reservado a cada persona. No antes ni después es el morir. En tiempo justo.

La bandada pía en corros, se dispersa paso a paso por las dos líneas centrales, principalmente por la de la señora Sofía, nieta del cacique. Encuentran pronto el palomar. Sí, ya dieron en palomas, grises, a veces blancas. Suavidad de cuello, vecindad de paz.

Espera la mesa con su bulto de pan prieto y su mantel claro. Es el altar que se prolonga. Humeará la olla, y el vaho, también ingenuo, se transformará en cazuela, empanada y vino tinto, que compartirá cualquier visita, un compadre, los abuelos, la ahijada.

Después la siesta y el juego sin fin de los niños y los perros.